

FENOMENOLOGÍA

QUERIDA AMIGA BEA *DEAR FRIEND BEA*

Consuelo Jiménez de Cisneros

QUERIDA AMIGA BEA

Nunca olvidaré cómo empezó todo. Fue en la fiesta de cumpleaños de Lidia. Cumplía trece años. No sé por qué todas teníamos tantas ganas de cumplir trece años. Es que parece que de los doce a los trece hay una gran diferencia. A los doce todavía eres una cría, pero a los trece... A los trece ya es otra cosa. Yo me acuerdo cuando cumplí los trece. Esa mañana me miré en el espejo y me dije: "Tengo trece años. "Ya" tengo trece años". Consulté el reloj. Sí, ya los tenía, porque había nacido, según mi madre, a las diez de la mañana y eran las diez y cinco minutos.

Llevaba un cuarto de hora mirándome al espejo. No sé si esperaba que, justo al cumplir los trece años, algo cambiara en mi cara, pero nada cambiaba: seguía teniendo la misma nariz, las mismas pecas, el mismo pelo encrespado que no me gusta y que no hay manera de alisarlo... Seguí observándome con ojo crítico: ¿No tendría los labios demasiado finos? ¿Y qué pasaba con mis tetas? ¿Cuándo crecerían de verdad? Claro que yo odiaba los morros y las tetas de esas artistas infladas de silicona. Pero entre un extremo y el otro...

Los cumpleaños siempre hacen pensar. Como guardamos fotos de cada fiesta, podemos ver cuánto crecemos y cambiamos, podemos reírnos de cómo éramos dos o tres años antes, la ropa tan horrible que llevábamos, lo pequeños que estábamos...

Es increíble lo que puede cambiarse en solo dos años, no digamos en tres. De los diez a los trece años... Yo soy la que más me parezco a mi foto de los diez años. Me da rabia, pero es la verdad. "Tienes la misma carita", dice mi madre. ¿La misma que cuando nací? Pues vaya castigo.

Estábamos en la fiesta de cumple de Lidia. Fue cuando Bea empezó a sentirse mal, claro que no le dimos importancia. Oficialmente no había alcohol,

pero uno de los chicos trajo, no sé cómo, una botella de ron que había cogido de su casa y la mezclamos con coca cola y con otros refrescos. La verdad, tampoco podíamos emborracharnos con aquello, porque tocábamos a muy poco... pero estábamos todos tan contentos, y yo creo que haciéndonos aún más contentos o queriendo parecerlo.

Y Bea dijo que se sentía mal, y la sentamos en una silla de mimbre que había a la puerta del garaje.

- *¿Qué te pasa?*

- *Me duele la cabeza...*

Bueno, no es tan raro que a alguien le duela la cabeza en una fiesta. La dejamos allí, tranquila. Y al cabo de un rato volvió a entrar, y bailó y todo, pero luego salió otra vez y se sentó en el sillón y repitió:

- *¡Cómo me duele la cabeza!*

La cosa se habría quedado ahí si no fuera porque el lunes siguiente, en clase, Bea repitió que le dolía la cabeza, que en realidad le dolía todo el cuerpo. La profesora le dijo que si se sentía mal que se fuera a su casa, pero que de ninguna manera podía estar en clase tumbada en la mesa, con la cabeza entre los brazos.

Se lo dijo en un tono bastante serio y Bea se puso a llorar, porque ella es una chica a la que no suelen reñir los profes y no está acostumbrada. Entonces la profesora pareció conmovirse y le repitió que, si se sentía mal, lo mejor que podía hacer era irse a casa. Dejó la clase sola un momento, suficiente para que se armara follón, como pasa siempre. Los típicos gamberros estúpidos que se ponen a hacer burradas en cuanto la profesora da media vuelta. Una cosa es charlar y reírse un poco y otra es coger una mesa y tirarla contra la pared, o

bailar encima de los pedazos de tiza. De verdad, hay gente que creo que no está bien de la cabeza (no me refiero a Bea).

Bien, se fue nuestra profe buscando al profesor de guardia para que acompañara a Bea y le hiciera el consabido papelito que permite salir del recinto (parecemos monos enjaulados) previa llamada telefónica a casa. Bea luego me lo contó todo -ella me lo ha contado todo, y algunas cosas dice que solo me las ha contado a mí-.

- *¿Cuál es el teléfono de tus padres?*

- *Pero es que mis padres no pueden venir ahora, están trabajando.*

- *Bueno, pues habrá que llamar a uno de ellos, tú no puedes irte sola a casa. Eso no está permitiendo a no ser que tus padres lo autoricen.*

- *Es mejor llamar a mi abuela -dijo Bea-. Ella está libre y vive aquí cerca.*

Y al cabo de cinco minutos llegaba la abuela de Bea y se la llevaba a su casa.

La abuela fue la primera que se dio cuenta de que aquellos dolores de cabeza de Bea no eran normales. Dijo que había que llevarla al médico, Su madre respondió que era una bobada llevar a la niña al médico por un dolor de cabeza. "Pero es que ya lo tiene desde hace días". "Bueno, pues ya se le pasará, para eso están las aspirinas, los paracetamoles, qué sé yo...". La abuela no estaba de acuerdo. "Si tú no tienes tiempo, ya la llevo yo al médico". La madre se enfadó. "¿Quieres decirme que no me sé ocupar de mis hijos? Por la tarde lo único que hago es estar con ellos. Llevar a Rober al fútbol, a Bea al conservatorio, prepararles la cena, ir a las reuniones de padres... Sabes muy bien que soy yo la que hago todo eso. Su padre, se puede decir que sólo se ocupa de ellos los fines de semana y gracias. Entre semana, es como si no viviera en casa". "No te echo nada en cara, sólo quiero llevar a la niña al médico", insistía tozuda la abuela. Y la llevó.

Pruebas, muchas pruebas... Las pruebas médicas se enredan unas con otra y parece que no acaban nunca. Análisis de sangre y de orina, eso es lo primero; esperar unos días a ver el resultado. Consulta al médico generalista. Luego, éste te manda a un especialista. Y a veces el especialista

no está seguro y te manda a otro especialista distinto.

Bea me lo contaba todo. A mí, porque soy la que tengo más aguante para escuchar. La verdad es que no me molesta escuchar a la gente, al contrario, me gusta. Francina y Lidia se aburrían un poco. No querían estar todo el día hablando de lo mismo. Le mandaban mensajes de ánimo por el móvil y forwards divertidos para que se animara y le hablaban de pelis, de chicos, de las cosas de siempre, que a Bea le interesaban cada vez menos. Claro, no es divertido.

Las primeras veces fuimos todas a verla. Las tres. Bueno, que en total éramos cuatro. Allí nos juntamos las cuatro. Labefrali. Era nuestro nombre secreto, pero un secreto que se había hecho público, porque así nos llamaban en clase -a las cuatro- por lo unidas que estábamos. Siempre nos defendíamos las unas a las otras, incluso aunque no tuviésemos razón.

- *Sois como una secta -decía mi hermano-.*

Suena mal, pero una secta como la nuestra tenía sus ventajas. Nunca estabas sola en el colegio, siempre sabías a quién acudir en caso de apuro, no permitías que nadie te tomara el pelo porque debería vérselas con cuatro o con alguna de las cuatro.

Labefrali. Laura, Bea, Francina, Lidia. Sí. Estábamos todas muy unidas y nunca pensamos que algo así le podía pasar a una de nosotros. Eso siempre les pasa a otras personas, personas que salen a veces en la tele y la miramos poco porque sentimos algo de miedo. Personas invisibles tras los cristales de los hospitales o de las casas, metidas en habitaciones donde entra poca gente, casi nadie. Y nunca imaginamos que algo así le podía ocurrir a Bea.

Allí estábamos las cuatro en la habitación, una habitación de paredes color verde claro, que empezaban a llenarse de postales, tarjetas, dibujos, chucherías, buenos deseos. Y ella, Bea, todavía animada, animándonos.

Y su abuela estaba allí siempre. Solo salía cuando llegábamos nosotras. Entonces se bajaba a la cafetería y nos advertía:

- *Avisadme cuando os vayáis.*

Tenía allí la abuela, como decíamos en broma, su tienda de campaña. A saber: agua mineral en botella grande, revistas y periódicos variados, una bolsa con ovillos de colores con los que estaba tejiendo gorros para Bea...

También andaba por allí su padre. Su padre, que nunca había tenido tiempo de estar con ella, ahora pasaba allí las horas. Por lo visto, había pedido permiso en su trabajo, un trabajo importante, donde ganaba mucho dinero, y se puede decir que vivía en el hospital. Su madre iba menos. Tenía que cuidar de su hermano pequeño y también debía seguir trabajando. Ella no podía dejar su trabajo así como así. Había cogido unos días al principio, cuando se supo lo que era. Pero luego no había tenido más remedio que volver a casa y al trabajo.

Y su padre nos miraba con una mirada extraña, como si le doliese vernos tan guapas y saludables al lado de su hija, enflaquecida y mustia. Era un hombre extraño, su padre. Hablaba poco, salía al pasillo a fumar a un sitio reservado para fumadores y yo creo que fumaba tanto por los nervios, o por hacer algo cuando se iba fuera de la habitación, pues Bea me decía que en su casa no fumaba casi nunca.

La abuela en cambio parecía mucho más tranquila, y nos miraba casi con los mismos ojos con que miraba a Bea, como si todas fuéramos iguales. O quizá es que a Bea la miraba como nos miraba a nosotras. Ella decía:

- Si me siento mal, me pongo a hacer alguna cosa que me haga sentir bien. Por ejemplo, tejer...

Y como por arte de magia, surgían de aquellos manojos de lana colorida gorras diferentes para Bea.

No queríamos pensar en ello, pero lo sabíamos. Sabíamos que se le caería el pelo, ese pelo tan fino, rubio ceniza, tan frágil que parecía mentira que aún no se le hubiera caído. ¿Qué pasaría entonces? Se le verían más los ojos castaños, los pómulos caídos, las mejillas cada día más pálidas.

La abuela decía que el naranja era un color alegre, un color que invitaba a la vida. Por eso aquel gorro que estaba haciendo tenía que ser de color naranja, como las cortinas que apenas tamizaban la luz de la ventana.

Yo nunca pensé que un monstruo llamado enfermedad de Hokins acabaría con Labefrali. Nos quedamos solas la primera parte: Labe. O sea, Bea y yo. Y ahora estoy aquí, con ella, descubriendo que me gusta acompañarla, que no lo hago por compasión ni por obligación, que Bea sigue siendo Bea aunque no tenga pelo, aunque cada vez hable más despacio.

No tengas miedo. Pase lo que pase, estaré contigo hasta el final, querida amiga Bea...

